

CAPÍTULO XI

Crónica de la estación de Edsen-Gol

A continuación se ofrece un resumen de las narraciones de las experiencias y aventuras que Zimmermann y Söderbom me contaron a su regreso de Edsen-gol. En relación con mi relato sobre la fundación, en octubre de 1927, de la primera estación meteorológica en Tsondol, en el Edsen-gol, he descrito el plan que se elaboró para el trabajo científico en el primer volumen de esta obra*. Cuando el 8 de noviembre de 1927 el cuerpo principal de nuestra expedición partió hacia el oeste, en dirección a Hami, Zimmermann y el estudiante Ma se turnaron para realizar las observaciones diarias.

Los sesenta y cinco camellos que habíamos dejado al cuidado del mongol Merin†, un veterano de la expedición de Andrews, formaban un campamento especial a unos quince kilómetros de la estación.

Los servicios médicos de Hummel habían tenido una gran demanda durante su estancia en el Edsen-gol, y Zimmermann se vio obligado a hacerse cargo de la «consulta». Mongoles y chinos con llagas sifilíticas, enfermedades de la piel, tumores, fracturas óseas, tracoma y muchas otras dolencias, acudían a la estación y eran tratados según las instrucciones que Hummel había dejado. Los pacientes solían volver con leche, queso u otros productos en lugar de pagar los honorarios, de esta manera, Zimmermann se ganó la confianza de los nativos.

El 1 de diciembre llegó una pequeña caravana procedente del sur. Al cruzar el río, uno de los camellos se hundió en el hielo, de modo que sólo se le veía la cabeza. Nuestra gente se apresuró a echarle una mano y descubrió con alegría que el recién llegado era nuestro profesor Yuan, perdido hacía tiempo, que por fin había aparecido. Este fue un momen-

* Véase capítulo VII.

† No es su nombre, sino su título, derivado del manchú *meiren* (cabecilla o líder).

to feliz en la historia de la estación, pero como Yuan tenía prisa por alcanzar al grupo principal en Hami, apenas se quedó dos días.



UN MONGOL DE UN OASIS DEL EDSÉN-GOL

SE PREPARA LA TORMENTA

Poco después, un suceso bastante diferente les dio otros motivos para preocuparse. Como un rayo caído del cielo, llegó un mensajero del príncipe torgut con una carta escrita en chino en la que se les informaba de que las autoridades de Suchow, la ciudad grande más cercana en Kansu, habían ordenado que el personal de la estación fuera expulsado inmediatamente de Kansu, sin dar razones.

Ma redactó una respuesta. Debido al estado de los camellos, no podían abandonar Edsen-gol y carecían de dinero para contratar un medio de transporte. Pidieron a las autoridades de Suchow que enviaran a un representante a la estación para negociar y convencerse de que el personal de la estación no tenía malas intenciones, sino que sólo se dedicaba a la investigación científica.

En consecuencia, el 16 de diciembre, un funcionario, Wu Chen-yüan (Wu Zhenyuan), acompañado por un tal Tseng Fu-kuan (Zeng Fuguan), llegó desde Suchow junto con un pequeño destacamento de policía. Wu

era un caballero altivo y distinguido que había estado en Rusia. Evidentemente, sentía cierto respeto por los misteriosos huéspedes que se habían instalado en el bosque, ya que antes de aventurarse a avanzar él mismo, envió a un par de comerciantes a la estación para averiguar e informarle de la fuerza de la «guarnición» y del número de rifles y pistolas que tenían.

Se le mostraron todas las yurtas con su contenido, se abrieron los cofres, se describieron los instrumentos y, por fin, comenzó a comprender que el personal de la estación realmente no tenía malas intenciones. Pero cuando vio los cilindros de acero de gas hidrógeno, que se utilizaban para llenar los globos sonda, comenzó a dudar, y resultó imposible convencerlo de que no tenían ninguna función militar. En Lanchow (Lanzhou) ya habían llegado noticias de su enorme caravana, y la gente estaba convencida de que sólo eran la vanguardia de un ejército y que los cilindros de hidrógeno eran cañones. Tras un interrogatorio que duró varias horas, el digno funcionario declaró que se le había encargado llevar al personal a Suchow y que, si los tres caballeros no daban su consentimiento, toda la estación, con todo su equipo y sus camellos, debía dirigirse hacia el oeste, a Hami. A esto, Zimmermann respondió que prefería perder la vida antes que abandonar la estación que yo le había encargado gestionar. Se iniciaron nuevas negociaciones, y finalmente se acordó que Ma fuera a Suchow para intentar conseguir una audiencia con sus compatriotas y explicarles los objetivos de la estación.

El invierno resultó ser duro, y la temperatura bajó hasta los -28°C . Pero la estación estaba bien protegida contra las tormentas del noroeste y del norte, gracias a las barricadas naturales que proporcionaban los árboles y, sobre todo, a las altas dunas cubiertas de tamariscos, que rompían la fuerza del viento*. Y nunca faltó combustible.

Zimmermann y Söderbom patinaban sobre los brazos helados del río con unos patines que habían comprado en Pekín, para gran sorpresa de los torgut.

* El nombre de este lugar, Tsondol, significa precisamente «grandes conos de tamariscos» o «dunas unidas».

CAMELLOS SALVAJES

Söderbom hizo un viaje a Mören-gol (río Muren) para cazar aves que se incluirían en las colecciones del Museo Estatal de Historia Natural. Era precisamente la época de celo de los camellos, cuando los machos son especialmente feroces, y un macho salvaje del desierto se había unido a una manada de parientes domesticados y los seguía todas las tardes hasta el lugar donde los ataban. Atacaba a todo lo que se movía, por lo que nadie se atrevía a acercársele, y finalmente le dispararon.

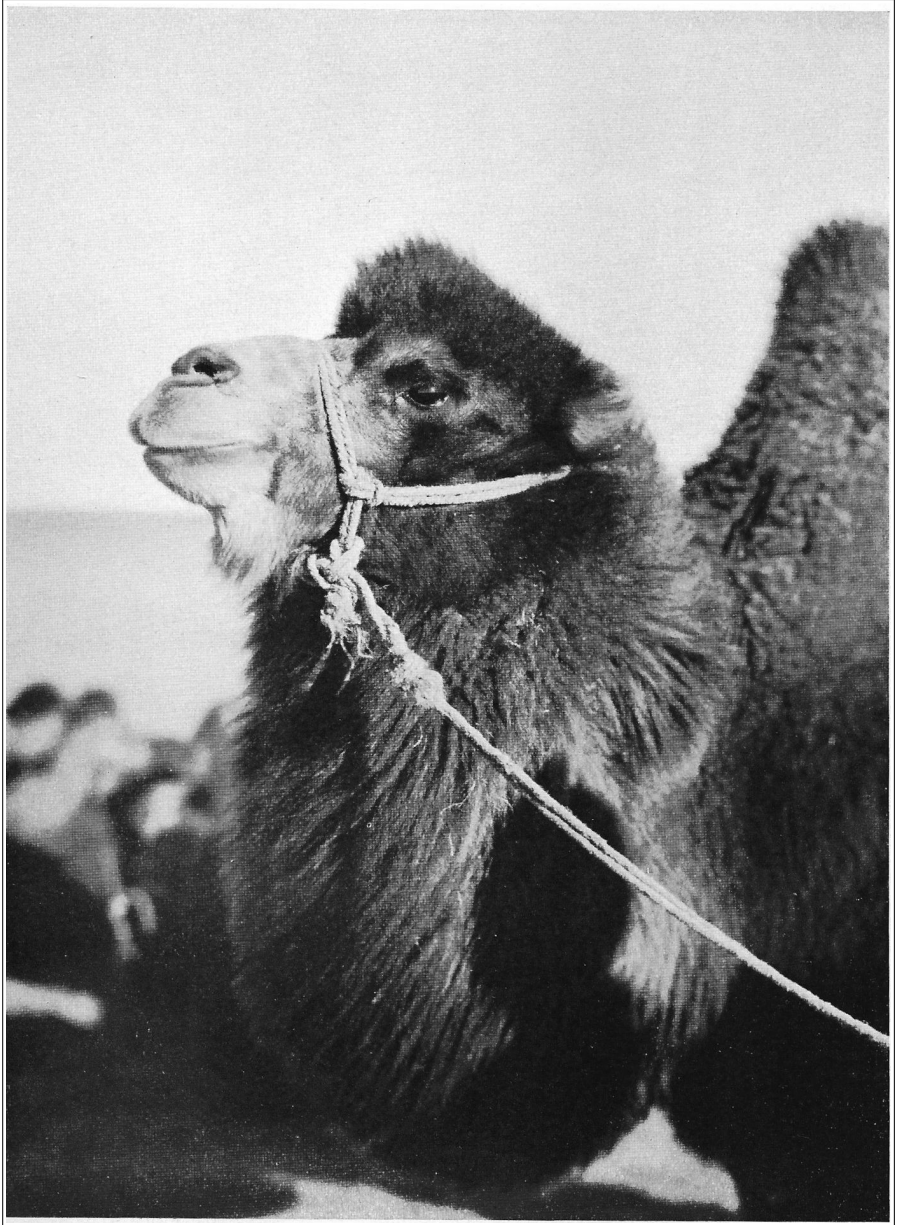
En una ocasión, un joven camello salvaje llegó a Tsondol y entabló amistad con nuestras bestias domesticadas, con las que bebió de un agujero en el hielo del río; pero salió corriendo hacia el desierto cuando Söderbom intentó atraparlo.

Tubut Dsanggai capturó una vez dos camellos salvajes, uno de los cuales murió, mientras el otro prosperó y fue domesticado, siendo finalmente vendido a un rico mongol en Alakshan. En Noyan-bogdo* había un camello salvaje que había sido domado y se puso a la venta por cien *tael*. El príncipe torgut también tenía un camello de dos jorobas capturado en el desierto, pero este animal aún conservaba algunos de sus hábitos. En invierno vagaba de vuelta con sus parientes en el Gobi, mientras en verano se reunía con los camellos domesticados cerca del río. Pero un día regresó al desierto y nunca volvió.

INQUIETUD Y SUSPENSE

El mes de enero de 1928 llegaba a su fin y aún no se sabía nada de Ma. Los dos europeos empezaban a sentirse inquietos por él. Prácticamente se les había acabado el dinero y esperaban que Haslund volviera cualquier día, según lo acordado, con dinero, correo y noticias nuestras.

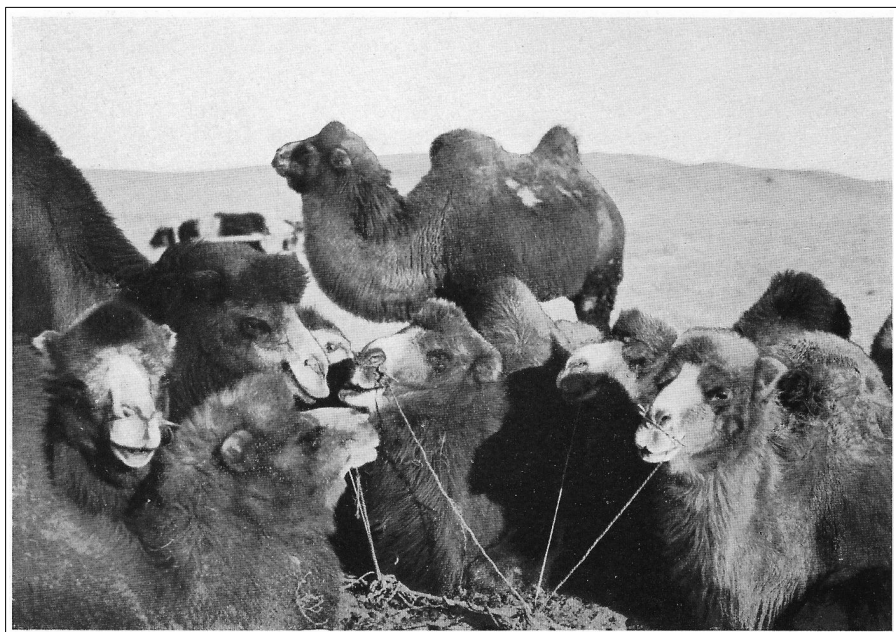
* En el texto original inglés de *Riddles of the Gobi Desert* (1933) y en *History of the Expedition in Asia 1928-1930*, Hedin denomina este accidente geográfico Noyin-bogdo / Noyan-bogdo. Sin embargo, en su propio mapa de la región figura como Bayan-bogdo, lo que sugiere una inconsistencia en la transcripción del topónimo mongol a lo largo de las distintas versiones de la obra. Probablemente se trata del mismo accidente geográfico, identificable en la cartografía actual como Bayanbogede Sumu, en el estandarte de Ejina, Liga de Alxa, Mongolia Interior. (N. del T.)



UN CAMELLO JOVEN



UNA CARRETA DE TRANSPORTE MONGOLA TIRADA POR DOS VACAS



CAMELLOS CON SU PELAJE INVERNAL

Un día, a finales de enero, regresaron los camellos y el arriero que Ma había tenido en su viaje a Suchow, pero sin Ma. Sin embargo, había una carta de Ma en la que les informaba de que había intentado en vano convencer a las autoridades de Suchow de que el personal de Edsen-gol sólo tenía intenciones pacíficas. Advirtió a los dos europeos de las nuevas molestias administrativas que se avecinaban. Las autoridades habían decidido enviar a Ma bajo escolta a Lanchow, la capital de Kansu, para someterlo a un minucioso interrogatorio.

A finales de febrero se agotaron las reservas de harina. Había mucha comida enlatada, pero Zimmermann la guardó cuidadosamente como reserva.

A medida que avanzaba el invierno, los camellos comenzaron a perder peso y varios de ellos murieron, a pesar de todo lo que Merin y Söderbom hicieron para mantenerlos con vida durante este difícil periodo.

NUEVOS PROBLEMAS

El 25 de febrero llegó una nueva comisión de investigación. Esta vez estaba formada por Chao Fu-lu (Zhao Fulu), el jefe de policía de Mao-mu (Maomucheng), un empleado y cuatro soldados. El príncipe torgut también fue convocado, así como sus dos hombres más cercanos, un *dsakheriche** y el *merin* (líder) Yundung. La comisión insistió en que Zimmermann y Söderbom también debían ir a Suchow; sin embargo, cuando el comisario se dio cuenta de que Zimmermann no iba a ceder, finalmente declaró que se daría por satisfecho si Söderbom regresaba con él. Este último respondió que accedería si el comisario les proporcionaba 150 dólares para comprar la harina necesaria en la estación, y el príncipe torgut adelantó entonces esa suma.

Los torgut, que hasta entonces se habían mostrado tan amistosos, comenzaron a mostrarse fríos y recelosos. Evidentemente, les costaba creer que el personal de la estación no fueran espías u otros personajes de dudosa reputación, ya que estaban expuestos a ese trato por parte de las autoridades chinas.

* Secretario o funcionario de un *dsak* (*jasagh*). Véase *jasagh* en el glosario. (N. del T.)

Se compró la harina y se repartió entre la estación y Söderbom, que el 27 de febrero partió hacia Suchow junto con la comisión. La «caravana» de Söderbom consistía en un solo caballo de montar y apenas llevó consigo nada más que la ropa que llevaba puesta. Rara vez he conocido a un hombre que pudiera arreglárselas con tan poco equipaje como Söderbom. ¡Un logro valioso para los viajeros en Asia! Zimmermann se quedó solo en la estación, preguntándose cuándo le tocaría a él ser llevado bajo escolta. Los días transcurrían tranquilamente, con la rutina de las observaciones meteorológicas periódicas.

Mientras tanto, Zimmermann encontró un amigo en la reencarnación tibetana, el llamado *Gegen Tangut*, que tenía su yurta a cinco kilómetros de la estación y que había vivido en el Edsen-gol durante muchos años.

A principios de la primavera, siempre una estación difícil para los camellos, cuando sus pastos se vuelven cada vez más pobres, el número de camellos de la estación disminuyó aún más, hasta llegar a cincuenta y uno. Vagaban por lugares lejanos, buscando los mejores pastos posibles, y los camelleros a menudo tenían dificultades para mantener al rebaño unido.

El hielo se rompió y toda la orilla izquierda del río, donde teníamos nuestras tiendas, se inundó. En marzo los días ya eran bastante cálidos, pero las noches seguían siendo frías.

El 1 de abril llegaron los mongoles que habíamos enviado desde Hami, con correo, 740 dólares y las primeras noticias de las dificultades que había encontrado la expedición principal en la frontera de Sinkiang. Cuando Zimmermann se enteró de todos nuestros contratiempos y dificultades, se resignó a su propia suerte y empezó a pensar que, en comparación, él estaba bastante bien. Pero cuando los mongoles partieron hacia el este, la soledad volvió a apoderarse de la estación.

Zimmermann se dedicó entonces a preparar un huerto, donde sembró las semillas que había tenido la previsión de traer consigo desde Pekín: tomates, pepinos, guisantes, judías, cebollas, perejil, maíz, rábanos rojos y negros, patatas, melones y calabazas, así como diez variedades diferentes de flores.

LOBOS

Un día, Zimmermann recibió la visita de unos torgut que le dijeron que los lobos estaban atacando sus rebaños y le pidieron que les prestara unos buenos rifles. Contrataron a un par de cazadores y, con los rifles de Zimmermann, se lanzaron a la caza. Cuatro días después regresaron con dos lobos muertos y dos cachorros vivos. Los torgut vecinos estaban encantados de haberse librado de un par de estos peligrosos enemigos de las ovejas. Los cachorros de lobo se mantuvieron en un recinto, donde crecieron rápidamente y se volvieron más salvajes día a día. No les costaba nada trepar hasta lo alto del recinto, pero no se atrevían a saltar al suelo. Se les dejó entrar a un par de cachorros, y los lobatos jugaron con sus nuevos compañeros con toda amabilidad; pero, al cabo de un tiempo, su naturaleza salvaje comenzó a imponerse y hubo que sacar a los cachorros. Finalmente, a los lobatos cautivos se les ocurrió la idea de cavar túneles bajo la valla para recuperar su libertad. Era imposible atar a dos pequeños tan feroces, y al final hubo que sacrificarlos.



UN BRAZO DEL EDSÉN-GOL EN VERANO

VERANO

Zimmermann construyó un gallinero, que pronto despertó el interés de las aves rapaces que pasaban por allí. Pero las gallinas y los pollos estaban bien protegidos, y Zimmermann pudo disponer entonces de huevos en abundancia.

En junio, el calor era insoportable. El lecho del río se secó y apenas quedaban algunos charcos aquí y allá, en los lugares más profundos. En uno de ellos solía bañarse nuestro ermitaño en agua a una temperatura superior a los 30 °C. Los mosquitos y los jejenes eran una plaga, y grandes arañas, escorpiones y miríadas de otros bichos reptantes pululaban por el suelo. Lo peor de todo eran las serpientes, que durante el periodo más cálido invadían literalmente el campamento. En una ocasión, Zimmermann mató tres de estas bestias en su yurta. Todas las noches, antes de acostarse, solía ir de caza alrededor de su yurta y mataba todos los bichos que se habían arrastrado o volado hasta allí.

Por fin, el 16 de junio, Söderbom y Ma regresaron, y la vida ermitaña de Zimmermann llegó a su fin. Mientras tanto, Söderbom relató las maravillosas experiencias que le habían sucedido durante su ausencia.

LAS AVENTURAS DE SÖDERBOM EN KANSU

A su llegada a Suchow, Söderbom se sintió inquieto por el destino que le esperaba en la estación, ya que Ma había sido trasladado de Suchow a Lanchow, situada a unos 650 kilómetros de la primera ciudad. Söderbom solicitó hablar con el gobernador civil, pero este se negó a recibirlo. Sin embargo, Söderbom consiguió localizar a su hombre en la calle, sólo para que le dijera que él también iba a ser enviado a Lanchow para ser interrogado y explicar las verdaderas intenciones del personal de la estación. Söderbom protestó, pero sólo consiguió que varias personas con autoridad lo intimidaran aún más. Chao, el burgomaestre, fue la única persona que se comportó de forma decente con él y le aseguró que todo acabaría bien.

Mientras tanto, habíamos transferido dinero de Hami a Suchow por correo para la cuenta de la estación, y, tras muchas evasivas, las autoridades entregaron la suma a cambio de una garantía. Söderbom envió

rápidamente la mayor parte de la cantidad, así como provisiones, a Zimmermann.

Su siguiente paso fue enviar un telegrama a la legación sueca en Pekín y a mí mismo, informándonos de que había sido arrestado y estaba retenido en Suchow. El telegrama fue confiscado en el *yamen*, donde se mantuvo que no estaba bajo arresto. «Por supuesto que estoy bajo arresto —opinó Söderbom—, si no tengo libertad para regresar a Tson-dol y se me niega el derecho a recurrir a la legación sueca en busca de protección».

Sin embargo, a pesar de todas las protestas, Söderbom se vio obligado a ceder y el 25 de marzo subió a un gran carro de dos ruedas junto con dos policías. Además, fue escoltado por un tal Fan Tui-chang (Fan Duichang), un oficial, y una tropa de soldados, a quienes se les había encargado, al mismo tiempo, conducir cien caballos a Lanchow. El peligroso sueco contaba así con una guardia de treinta hombres. Pero él era tan alto como dos chinos pequeños y tan fuerte como un gigante. Sin embargo, Fan resultó ser una persona decente, y los dos pronto se hicieron muy buenos amigos. Incluso le ofreció a Söderbom el privilegio de montar a caballo y le dijo que eligiera el suyo. Söderbom eligió un semental tibetano vivaz e indomable, que montó durante el resto del camino, mientras que Fan prefirió dormir en el carro.

En cada ciudad de distrito cambiaban de carro y de policía, y se colocaba un caballo fresco entre los ejes. Tanto en Kao-t'ai (Gaotai) como en Kanchow (Zhangye), Söderbom fue recibido hospitalariamente por misioneros católicos. En Shan-tan (Shandan), el grupo se reforzó con dos policías nuevos armados con grandes trabucos, ya que «la carretera estaba plagada de ladrones». Pero los policías no tenían munición para sus armas.

Tras un viaje de catorce días, llegaron a Liangchow (Liangzhou), donde Söderbom se alojó con el padre Klein. También visitó al señor y la señora Belcher, de la Misión Interior de China, en cuya hospitalaria casa yo me había alojado durante dos semanas en diciembre de 1896*.

* Tanto el marido como la mujer murieron en su puesto de trabajo a causa de la fiebre tifoidea en 1929.

Liangchow ofrecía un panorama terrible tras el terremoto del 24 de mayo de 1927. Un torrente procedente de las montañas se había sumado a la debacle. En la carretera entre Liangchow y Ku-lang-hsien (Gulang Xian), prácticamente todo había quedado arrasado, y en esta última localidad se habían perdido tres mil vidas; sin embargo, una aldea situada a sólo dos kilómetros de distancia no había sentido nada del terremoto. Enormes rocas habían caído desde las montañas y, en una pequeña aldea, cuarenta personas de una población de sesenta habían perdido la vida.

A su llegada a Lanchow, la capital de la provincia, el 15 de abril, Söderbom se dirigió directamente al *yamen*, pero nadie parecía saber nada del paradero de Ma. Mientras tanto, él mismo tuvo que someterse a un interrogatorio.

Le preguntaron cómo podía demostrar que formaba parte de la expedición, ya que ese dato no figuraba en su pasaporte. Söderbom no tenía el mismo tipo de pasaporte que los demás miembros de la expedición, ya que se había incorporado mucho después que ellos, sólo tenía su propio pasaporte, expedido por nuestro cónsul general en Shanghai y válido únicamente para «viajes» dentro de China.

Lo sacaron, lo despojaron de todo excepto de los pantalones y la camisa y lo registraron minuciosamente. Luego lo llevaron a un pequeño antro lleno de prisioneros mahometanos. A un par de ellos los habían azotado, y en la celda olía a carne podrida.

Söderbom comenzó a sentirse mareado, tenía hambre, estaba cansado y sentía náuseas. Pidió que le permitieran hablar con el jefe de la policía militar, que le había interrogado, y cuando este llegó, Söderbom le preguntó qué había hecho mal y por qué le habían encarcelado. El hombre respondió que pronto le llevarían a una posada donde le darían de comer.

«¡Menos mal que se acabó el suplicio!», pensó mientras lo llevaban al patio y le devolvían la ropa y el dinero. Pero quince policías armados con pistolas Mauser y gorras planas lo rodearon. En tono severo, el oficial al mando del grupo le ordenó que marchara, y así fue escoltado por las calles de Lanchow, abucheado por la población y acompañado por cientos de gamberros que gritaban y esperaban ver morir al «demonio

extranjero». «¡Ahora sí que estoy perdido!», pensó Söderbom, «¡Me están llevando a la puerta norte de la ciudad, donde son ejecutados todos los criminales!». Pero para mostrar su indiferencia, encendió un cigarrillo.

La gente se agolpaba en las casetas y los portales, para disfrutar enormemente de este espectáculo poco común. La multitud de curiosos aumentaba. Finalmente, se detuvieron frente a la prisión de la ciudad. Allí, Söderbom fue empujado bruscamente a través de varias puertas hasta un pequeño zulo donde, una vez más, le quitaron su dinero y otras pertenencias. En otras cinco celdas similares del mismo patio había cuatro mongoles, un buriato y dos chinos. Uno de ellos llevaba allí trece años y parecía indiferente.

Tres de los mongoles habían venido de Manchuria con un dios viviente de camino a Kum-bum (Kumbum). Tenían una escolta mongola y les compraron uniformes, pero estos resultaron ser del modelo de Chang Tso-lin, por lo que se supuso que quienes los llevaban eran del bando enemigo y fueron encarcelados. Y allí llevaban ya tres meses languideciendo. Las perspectivas de Söderbom no parecían demasiado halagüeñas.

Un carcelero le dio un cuenco de *mien-t'iao-tze* (fideos chinos) y el jefe de policía le ordenó que comiera.

—¡No como comida para perros! —respondió Söderbom.

—¡Come! —repitió la orden.

—¡Sólo como los domingos! —respondió Söderbom.

Entonces, el hombre dijo en un tono más suave: «Eres nuestro invitado, debes comer».

—Soy extranjero y sólo puedo comer comida extranjera.

Los mongoles se partieron de risa y el jefe de policía se marchó.

Todos los «criminales» fueron conducidos al patio, un espacio de apenas unos metros cuadrados. El buriato le susurró a Söderbom que lo recomendaría a Moscú, donde había más orden que allí, en Lanchow. Desde el patio adyacente, en el que malvivían otros prisioneros, voló por encima del muro un cigarrillo a medio fumar, evidentemente lanzado por alguien que temía ser sorprendido fumando. El buriato lo cogió y

el pitillo empezó a pasar de mano en mano, pero cuando le tocó el turno a Söderbom, sólo quedaba la boquilla de papel.

Cuando se volvió a cerrar la puerta de la celda, al sueco le sirvieron una excelente comida china: platos de carne, pan y otras delicias. El jefe de policía entró e intentó una vez más convencerlo de que comiera.

«¡No! No soy un criminal. Me niego a comer en una prisión. Si muero de hambre, habrá un escándalo en Pekín y lo pagaréis muy caro».

A Söderbom le concedieron papel para escribir. Escribió en inglés y alemán a los misioneros de la ciudad, pero le confiscaron las cartas. En una carta al gobernador, pidió saber la razón por la que lo habían encarcelado. El jefe de policía se encargó de ello, ya que no quería asumir su responsabilidad, y le inquietaba la ausencia de documentos que probasen la criminalidad de Söderbom.

La prisión era horrible: oscura, estrecha y miserable, y llena de piojos y bichos. Fan, su reciente compañero de viaje, fue a visitarlo e hizo todo lo posible para que lo liberaran, diciéndole al jefe de policía que era una vergüenza tratar así a un extranjero.

Cuando se informó al gobernador del asunto, este ordenó inmediatamente que Söderbom fuera liberado y enviado a Ma. Este último había estado viviendo durante dos meses en una habitación de la comisaría y había recibido un buen trato, aunque apenas se le permitía salir una vez a la semana para bañarse.

Ma sabía que había llegado un telegrama del doctor Ts'ai Yuan-p'ei (Cai Yuanpei)*, y esta era probablemente la razón por la que el periodo de Söderbom en prisión había llegado a su fin.

Söderbom y Ma encontraron en el doctor Rand, el superintendente estadounidense del hospital de la Misión Interior de China en la ciudad, un verdadero amigo. Él dio a las autoridades las máximas garantías de la integridad de nuestros dos compañeros, y estos se quedaron con él durante veinte días, y disfrutaron de su gran hospitalidad.

* Tan pronto como nos enteramos de las dificultades del personal de Edsen-gol, el profesor Siu envió un telegrama al doctor Ts'ai en Nankín para pedirle su apoyo; este último se había dirigido al mariscal Feng Yü-hsiang, quien, a su vez, había dado órdenes al gobernador general de Lanchow para que tratara a la estación y a su personal con respeto y hospitalidad.

Por fin, ya no había ningún obstáculo para su viaje de regreso. Partieron hacia Suchow el 7 de mayo, donde fueron recibidos como héroes a su llegada. Se celebraron cenas en su honor, corrió el vino y hubo muchos discursos. Todavía en carreta, se dirigieron a Mao-mu, donde el nuevo burgomaestre también los agasajó como a reyes.

SÖDERBOM Y MA, DE VUELTA EN EL EDSÉN-GOL

Tras su regreso, y durante el periodo comprendido entre el 2 y el 19 de julio, Söderbom realizó un viaje a Ghashun-nor (Gaxun Nur), donde Hummel le había encargado que recogiera plantas, insectos y aves para el Museo Estatal de Historia Natural, tarea que llevó a cabo de forma muy meritoria. Durante este periodo, la temperatura subió hasta los 42,4 °C, y, durante un tiempo, los habitantes de Edsen-gol sufrieron escasez de agua.

Söderbom y Ma se llevaron una grata sorpresa al ver lo que Zimmermann había conseguido en su huerto durante su ausencia, y ahora comenzaron a disfrutar de los frutos de su trabajo.

En septiembre, me llegaron órdenes desde Tsondol para que Söderbom llevara a Urumchi, vía Hami, ocho cilindros de hidrógeno y otras cosas que se habían quedado atrás. En consecuencia, el 17 de octubre partió hacia Suchow para obtener un permiso para este viaje. Lo obtuvo debidamente del comandante de Suchow, pero la frontera de Sinkiang estaba cerrada, como antes. A él no se le permitió continuar hacia la «ciudad de los melones». Sin embargo, los cilindros de hidrógeno fueron llevados hasta allí, pero no más allá, y supongo que allí siguen reposando hasta el día de hoy.

Cuando, el 11 de enero de 1929, Söderbom regresó a Tsondol, Zimmermann y él pudieron viajar hasta Ghashun-nor para estudiar el contorno de la orilla del lago, la profundidad del agua y las condiciones del hielo. El hielo tenía medio metro de espesor y el lago, apenas un par de metros de profundidad. Rodearon la orilla sur y este del lago y luego lo cruzaron por el hielo, pero no por la parte más ancha, ya que el guía temía adentrarse demasiado. Los torgut nunca cruzan el lago, sino que prefieren dar largos rodeos por tierra firme. La sal que se libera al con-

gelarse forma una capa granulada en la superficie del hielo, gracias a la cual los camellos pueden caminar con firmeza sin resbalar.

Después dividieron su caravana. Söderbom cabalgó hasta el príncipe torgut para presentarle sus respetos en la fiesta del Año Nuevo mongol, mientras que Zimmermann siguió al Mören-gol hasta un punto frente a Tsondol. Durante toda esta excursión, dibujó un mapa de la ruta.

Ma se había encargado de las observaciones meteorológicas en su ausencia, y a su regreso a la estación intercambiaron sus funciones. Ma partió hacia Mören-gol y Ghashun-nor para una excursión de quince días.



EL LECHO SECO DEL EDSÉN-GOL EN INVIERNO

LA TRAGEDIA DE MA

Tras el regreso de Ma, Zimmermann creyó notar un cambio en el estado mental del primero. El joven estudiante se había vuelto aún más callado y reservado que antes y, a menudo, se excusaba de la compañía de los demás. Sin embargo, desempeñaba sus funciones con la misma diligencia de siempre.

El dinero se había acabado y Söderbom tuvo que ir a Suchow a buscar más. Zimmermann pensó que había llegado el momento de que los tres abandonaran la estación, ya que se les había ordenado continuar

durante dieciocho meses. Al principio tenía la intención de acompañar a Söderbom a Suchow, pero luego decidió quedarse y le entregó un telegrama que debía llevarse, junto con una solicitud para que se le permitiera regresar a casa a más tardar el 1 de junio de 1929.

Ya en enero de 1929, yo había enviado un telegrama desde Pekín, pasando por Suchow, a Zimmermann, ordenándole que llevara el equipo de la estación a Suchow para almacenarlo y que se dirigiera inmediatamente a Pekín. Al no recibir respuesta, envié otro telegrama en abril. Pasaron muchos meses fatales antes de que llegara mi telegrama de enero. Si hubiera llegado a tiempo, es probable que se hubiera evitado la tragedia, pero eso nunca lo sabremos.

Una de las razones por las que nuestros telegramas a Suchow para el personal de Edsen-gol tardaron tanto en llegar fue que los postes telegráficos de muchos lugares de Kansu se habían utilizado como combustible debido al frío anormal y a la angustia que reinaba en esas zonas; así, los telegramas se enviaron por correo convencional sin que nosotros lo supiéramos.

El 27 de marzo se hizo evidente que el estado mental de Ma era gravemente anormal. Gimiendo y llorando, le confió a Zimmermann que no podía seguir viviendo y que debía quitarse la vida. ¿Qué pensaría el doctor Hedin si le llegaran a los oídos los malos rumores sobre ellos? Zimmermann intentó tranquilizarlo con palabras amables, a lo que Ma respondió que lamentaba haber actuado mal con Zimmermann y Söderbom.

Nadie había notado nada por el estilo, pero Ma probablemente se refería a una o dos cartas extrañas que había escrito bajo estrés emocional a amigos en Pekín, en las que había dicho algo despectivo sobre sus compañeros en Tsondol.

Al día siguiente, el jefe de correos de Mao-mu llegó de visita y, cuando entró en la yurta de Ma, el joven estudiante se apresuró a acudir a Zimmermann, exclamando: «¡Ven enseguida a mi tienda! ¡No debo quedarme solo con él!». Zimmermann obedeció, y durante todo ese tiempo Ma parecía estar débil e incapaz de actuar por voluntad propia.

Durante los días siguientes, Ma volvió a mostrarse incapaz de quedarse solo con otras personas. Desesperado, exclamaba: «¡Cuando me

miro en el espejo veo a un demonio! ¡Yo mismo soy un demonio!». En una ocasión, Ma le mostró a Zimmermann una hoja de papel y le dijo: «Le robé este certificado a Söderbom cuando estábamos en Lanchow». Era un documento escrito por el doctor Rand durante el periodo en que Ma y Söderbom fueron tratados como criminales, en el que daba fe de su respetabilidad.

Parecía como si Ma se reprochara a sí mismo haber cogido ese trozo de papel, que ahora no tenía ningún valor. Para demostrarle a Ma la poca importancia que le daba, Zimmermann le prendió fuego. El enfermo, que daba la impresión de estar realmente acosado por los demonios, se dejó tranquilizar por ello.

Un día estaba inconsolable porque había robado un *khadak* de un obo y Zimmermann le mostró lo fácil que era arreglar el asunto colgando un nuevo *khadak* en el obo.

A principios de abril, sugirió a Ma que hiciera una excursión topográfica para completar algunos huecos en su mapa del Mören-gol y, al mismo tiempo, escribiera una descripción del terreno en esa región. Se trataba de un trabajo importante que, tarde o temprano, habría que realizar en cualquier caso. Ma podría dedicar fácilmente dos o tres semanas a esa tarea y, mientras tanto, Zimmermann se ocuparía de la estación. Tenía libertad para elegir el equipo y los ayudantes, y a su debido tiempo se puso en marcha; sin embargo, tres días después regresó.

Como se quejaba de insomnio y le pidió somníferos, Zimmermann se los dio, a la vez que le aconsejó que hiciera ejercicio intenso para cansarse y crear una necesidad física de dormir.

Su estado empeoró. La amabilidad de Zimmermann y sus intentos por distraerlo apenas le ayudaban durante breves periodos. Sus ataques de melancolía se hicieron más frecuentes, tenía miedo de sí mismo y de quedarse solo con cualquier persona que no fuera Zimmermann.

Zimmermann le sugirió que se llevara a un par de sirvientes de confianza y regresara a casa pasando por Suchow. Este plan le pareció atractivo, y finalmente decidió ponerse en marcha. Eligió a To Chia (Dodja)* y al mongol Öljasung para que lo acompañaran.

* Su verdadero nombre parece haber sido Chao Wan-fu.

Al día siguiente, 28 de abril, el grupo partió, pero como Ma tenía intención de hacer sólo una corta marcha de veinte kilómetros el primer día, pidió a Zimmermann que enviara un mensajero tras él con cualquier carta que no hubiera tenido tiempo de terminar. El trabajo de empaquetar y cargar se realizó con prisas, y al final únicamente faltaba un hacha, que necesitaría para cortar leña para las hogueras del campamento.

Zimmermann lo acompañó un trecho antes de despedirse definitivamente y desearle buen viaje.

Al día siguiente, Zimmermann envió un mensajero para alcanzar a Ma con unas cartas que debían enviarse por correo en Suchow. El hombre alcanzó a Ma antes de que este saliera por la mañana.

Ma envió a Öljasung tras los camellos. Cuando, media hora más tarde, el mongol regresó con los animales del pasto, Ma salió corriendo de su tienda blandiendo el hacha y echando espuma por la boca. Se dirigió directamente hacia el camellero, quien comprendió de inmediato que se trataba de una cuestión de vida o muerte, y salió corriendo. Cuando se encontraba a una distancia segura, se dio la vuelta y vio que el loco se había detenido y se estaba infligiendo las heridas más horribles con el hacha. Öljasung corrió entonces de vuelta a Tsondol y contó, jadeante, lo que había sucedido.

A primera hora de la mañana del día 30, Zimmermann, Öljasung y otros cuatro partieron de Tsondol hacia el campamento de Ma. A su llegada, encontraron la tienda de Ma reducida a cenizas y, entre los restos carbonizados, descubrieron el cadáver de To Chia con la ropa quemada. A cinco metros de la tienda yacía Ma, muerto, quien se había infligido horribles heridas en las sienes, las muñecas y el pecho.

No se tocó nada. Los dos cadáveres se dejaron tal como habían caído. El ayudante había recibido un golpe mortal con el hacha en la nuca. Zimmermann redactó un informe sobre el estado en que había encontrado el campamento y lo envió por mensajero urgente al príncipe torgut, solicitando que lo remitiera a las autoridades de Suchow.

El 2 de mayo, los dos cadáveres fueron enterrados en el lugar de la tragedia. Todo lo que quedaba fue empaquetado en cofres y sellado, la yurta de Ma en la estación también fue sellada.

Es natural preguntarse por qué el joven estudiante chino Ma enloqueció de repente. El examen médico al que se sometió antes de convertirse en miembro de la expedición no reveló ningún otro defecto, salvo un pulso algo demasiado rápido, pero esto no se consideró un obstáculo para que se uniera a la expedición. Poco antes de que Siu y yo saliéramos de Edsen-gol, Ma le había informado a Siu que no deseaba permanecer demasiado tiempo en la estación y que deseaba ser relevado. Quizás tuvo la premonición de que la soledad resultaría agotadora. Por mi parte, sin embargo, no creo que la tranquilidad de Edsen-gol afectara a Ma en lo más mínimo. Es posible que hubiera sufrido una crisis igual de grave incluso si se hubiera quedado en casa. Es de suponer que ya tenía las semillas de la locura cuando salió de su hogar. Se dice que una de las cosas que contribuyó a su depresión fue una carta de su casa en la que le informaban de que su madre estaba enferma, esto le causó mucha ansiedad. Del informe de la comisión de investigación china también se desprende que, tras recibir esta carta, su comportamiento se volvió anormal y hablaba como si fuera una persona totalmente diferente.

Para todos los que lo conocíamos como un hombre concienzudo y modesto, su repentina muerte fue un duro golpe.

El periodo que siguió fue extremadamente difícil para Zimmermann en su soledad. El ambiente general en el Edsen-gol era, naturalmente, una mezcla de estupor y desolación. Conocidos y extraños acudieron en masa a Tsondol, ya que la noticia de la tragedia se extendió como la pólvora. Los lamas llegaron en procesión y tocaron su ruidosa música para exorcizar a los espíritus malignos y demonios que se habían instalado en la zona.

Mientras tanto, Zimmermann continuó con las observaciones meteorológicas como si nada hubiera pasado, y los lamas supusieron que este curioso europeo tenía su propia forma peculiar de exorcizar a los espíritus malignos.

Por fin, el 21 de mayo, Söderbom regresó de Suchow con el correo y mis telegramas de enero y abril, en los que había ordenado a Zimmermann que regresara inmediatamente a Pekín.

Los dos hermanos del desafortunado To Chia acudieron a Tsondol para expresar las dudas de su padre sobre si To Chia estaba realmente muerto. Finalmente, exigieron que se abriera la tumba para poder ver el cadáver con sus propios ojos y así quedar tranquilos, y una vez hecho esto, se apaciguaron.

El 10 de junio, Zimmermann y Söderbom partieron hacia Suchow para solicitar una investigación oficial sobre la muerte. No habían avanzado mucho cuando se enteraron de que quinientos soldados se habían amotinado en Suchow y habían huido. Por lo tanto, consideraron que lo más prudente era permanecer durante un tiempo en las zonas desérticas, hasta que el 26 de junio se les informó de que los rebeldes se habían retirado hacia Hami. Sin embargo, en ese momento, los dos tomaron caminos separados: Söderbom continuó hacia Suchow y Zimmermann regresó a Tsondol.

Justo en ese momento, se desató una epidemia de tifus entre los torgut que se cobró la vida de unas cincuenta personas. Muchos de los enfermos fueron trasladados al campamento de Zimmermann, y fue todo un milagro que él lograra escapar de la infección.

A principios de agosto, Söderbom regresó de Suchow y, hacia finales de mes, llegó la comisión que había sido designada para llevar a cabo una investigación oficial en relación con la reciente tragedia. La comisión estaba presidida por el señor Yüan Cheng-hong (Yuan Zhenghong) y estaba formada por otras siete u ocho personas. Durante el transcurso de sus investigaciones, se tomó nota minuciosamente de todo y, cuando el informe estuvo listo, el señor Yüan lo leyó en voz alta y, a continuación, los dos europeos lo firmaron. Se enviaron copias a nuestro comité y a las autoridades de Lanchow y Ning-hsia.

A continuación, el señor Yüan visitó al príncipe torgut, tras lo cual regresó a Suchow en compañía de Söderbom. Este último iba a comprar harina y, al mismo tiempo, a adquirir un ataúd para Ma, ya que los restos mortales de este último iban a ser enviados a su hogar.

LA AVENTURA DE SÖDERBOM CON LOS LADRONES

En ese momento, una banda de seis ladrones acampaba en la orilla oeste del río, en Mao-mu. Cuando cruzaron el Edsen-gol, los chinos en-

viaron una fuerza de sesenta soldados contra ellos. Los ladrones se retiraron entonces río abajo, pero los soldados desfilaron triunfalmente por las calles de Mao-mu, como si ya regresaran de una gran victoria.

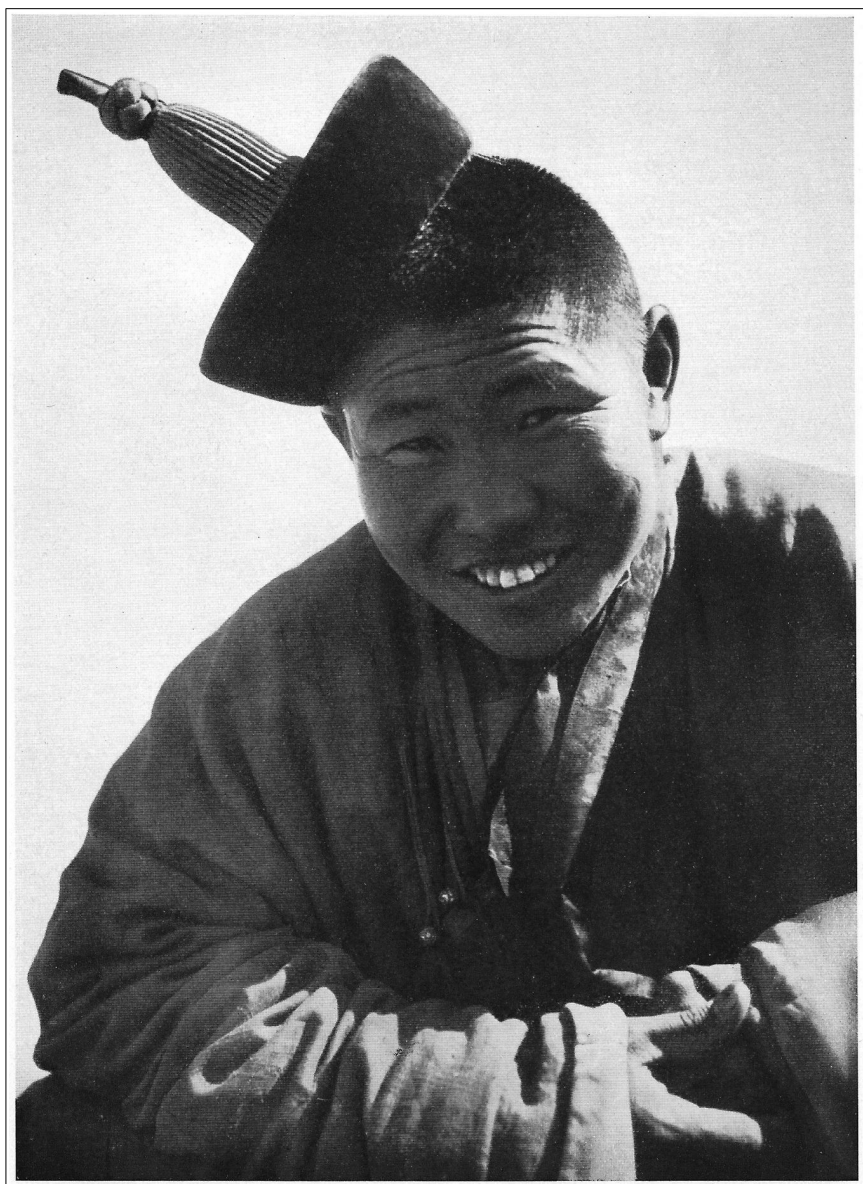
En poco tiempo, la banda de ladrones regresó y comenzó a realizar incursiones en los límites del oasis de Mao-mu. Söderbom se ofreció voluntario para participar en la persecución de la banda. Se puso a su disposición un oficial y veintinueve policías, y se le encomendó el mando del grupo. Cabalgaron hasta la aldea de Chi-ko-tung (Jigodong), donde se decía que los ladrones tenían su cuartel. A cinco *li* de la aldea, desmontaron de sus caballos y avanzaron con cautela. Un explorador informó de que los ladrones habían colocado un centinela. El oficial de policía disparó tres tiros, pero justo en ese momento llegaron refuerzos para la policía desde Mao-mu, y, tras pensar que habían sido los ladrones quienes habían disparado, respondieron con cientos de disparos. Sin embargo, se aclaró el malentendido y todo el grupo entró en la aldea, donde les dijeron que los ladrones se habían marchado tres horas antes.

Estos se dirigían a otra aldea y Söderbom emprendió su persecución. Su grupo estaba formado en ese momento por ochenta hombres, por lo que pudo rodear la aldea.

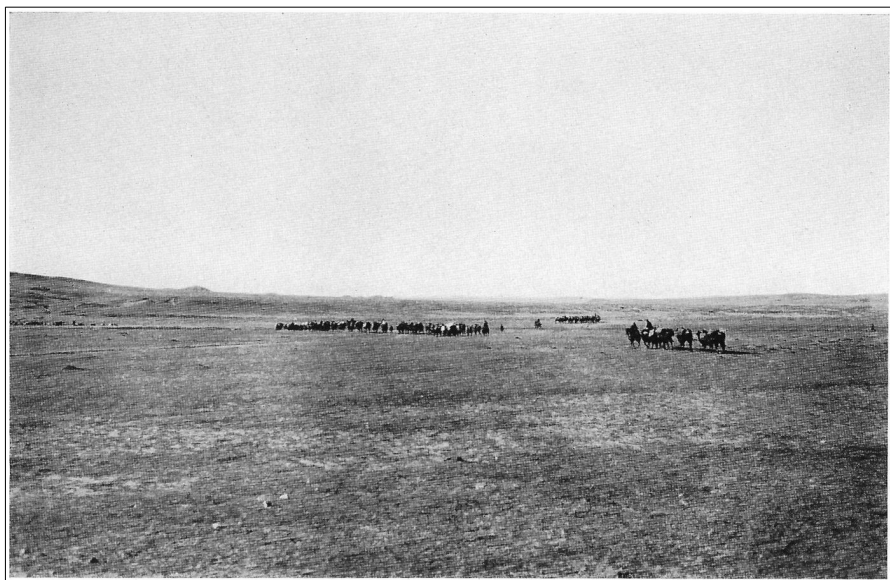
La banda había descendido sobre la granja de un hombre rico. Söderbom se acercó con cinco chinos y abrió fuego a una distancia de ciento cincuenta metros. Su primer disparo alcanzó al caballo de un ladrón; otro de los ladrones desmontó por su propia voluntad, mientras que un tercero salió despedido de la silla de montar. Corrieron desordenadamente hacia el río para cruzar al otro lado.

Söderbom los alcanzó con un par de hombres y disparó a un bandido en la nariz. Tres de ellos fueron capturados, uno tiró su rifle, se tiró al suelo y fingió estar muerto. Un quinto corrió hacia las montañas, quitándose la ropa para poder correr mejor, pero aun así fue capturado. El sexto, el que tenía un disparo en la nariz, escapó, pero fue arrestado en Kao-t'ai a causa de su herida y posteriormente fusilado.

La campaña contra los ladrones duró dos días y una noche. Tras la victoria, el grupo regresó al pueblo y lo celebró con carne, arroz y melones. Por orden de Mao-mu, los ladrones fueron fusilados uno por uno.



UN MUCHACHO MONGOL, LLENO DE ALEGRÍA Y CURIOSIDAD POR LAS EXTRAÑAS VESTIDURAS DE LOS
EXTRANJEROS



CARAVANA DE CAMELLOS EN SU LENTO AVANCE SOBRE EL GOBI



MONGOLES EN TODO SU ESPLENDOR

Cuando se repartió el botín, los miembros más cobardes del grupo se quedaron con la mayor parte, pero Söderbom rechazó su porción. Fuera de Mao-mu, la mayoría de la población se había reunido con el burgomaestre a la cabeza. En la puerta de la ciudad, los vencedores tuvieron que desmontar, escuchar los discursos de bienvenida y beber vino, y después hubo una celebración dentro del *yamen*.

Al día siguiente, Söderbom fue recibido por las autoridades locales, que elogiaron su valentía y le entregaron un documento oficial del burgomaestre. Dado que este certificado, sin duda, mejoró la reputación de la expedición en Kansu, merece la pena reproducirlo aquí:

Dado que el día 15 del noveno mes del XVIII año de la República los ladrones habían causado disturbios, fueron perseguidos para su destrucción por una fuerza policial. Se ordenó que un miembro de la Expedición Científica a las Provincias del Noroeste, el sueco Sheng Juiheng (Söderbom), que estaba de paso por nuestra ciudad, se uniera a la fuerza policial por el camino. Él expresó su deseo de unirse a la fuerza policial para ayudar a exterminar a los ladrones, pero, dado que el extranjero que viene aquí de viaje debe ser protegido, intentamos disuadirlo de su propósito. Sin embargo, el señor Sheng dijo que los ladrones eran personas a las que todo el mundo debía matar e insistió en participar en su persecución. Al día siguiente llegaron a la aldea de Shuang-chu-tsun y mataron a varios ladrones. Su valentía y su furia en la batalla estimularon el coraje de nuestros hombres. Por eso le dedicamos estas palabras como muestra de que nunca olvidaremos al señor Sheng.

El magistrado del circuito (*hsien-chang*) de Ting-hsien

Huang Wan-chung

Año XVIII, mes noveno, día diecinueve.

Tras sus hazañas en Mao-mu, Söderbom se dirigió a la tumba de Ma, donde ahora tenía la desagradable tarea de desenterrar el cadáver y colocarlo en el ataúd. Los sirvientes se negaron incluso a acercarse a la tumba, tuvo que hacerlo todo él mismo. El hedor era tan atroz que estuvo a punto de desmayarse. Envolvió los restos en hule y calicó rojo. Ninguno de los hombres estaba dispuesto a tocar el ataúd, por lo que Söderbom se vio obligado, en el viaje de regreso a Kuei-hua, a cargarlo y descargarlo todos los días.

El 3 de octubre se encontraba de nuevo en Tsondol. Tenía órdenes de las autoridades de Suchow de dejar los instrumentos en el lugar cuando se cerrara la estación, por lo que dejó los baúles con los instrumentos al cuidado del príncipe torgut. Este digno personaje recibió como regalo unos buenos prismáticos Zeiss, y se repartieron unos *kha-dak* entre muchos de los vecinos y amigos de la estación.

El 18 de octubre se celebró una gran cena de despedida para los dos europeos. El *Gegen Tangut* estuvo presente en esta ocasión y se representó una danza *gurtum*, o danza chamánica. Esta continúa hasta que el bailarín cae en un trance extático y casi inconsciente, y le sale espuma por la boca. En este estado es peligroso, pues sostiene cuchillos desenvainados en sus manos con los que golpea y apuñala a su alrededor. En el momento álgido de su entusiasmo religioso, es capaz de vaticinar el futuro inmediato.

La fiesta concluyó con cordero, té y *araki*. La región de Edsen-gol y Tsondol se despidió así de los misteriosos desconocidos que en ese momento abandonaban sus bosques.

El 20 de octubre todo estaba listo para la partida, pero ese día llegó un mensajero postal de Suchow con un telegrama mío que llevaba dos meses de camino, en el que pedía a Söderbom que se quedara en Suchow a esperar mi llegada, mientras Zimmermann debía continuar hacia Pekín.

El equipaje tuvo que dividirse en dos mitades. Todo lo que pudiera necesitar se llevó a Suchow, adonde también se transportó el equipo instrumental.

Hubiera sido una suerte que este telegrama, como varios de sus predecesores, se hubiera retrasado más, ya que mis planes cambiaron y nunca llegué a Suchow.

EL VIAJE DE REGRESO DE ZIMMERMANN

El 25 de octubre, Zimmermann partió del desolado territorio donde había pasado más de dos años. Tenía dieciséis camellos a cargo de Merin y lo acompañaban otros dos mongoles.

Zimmermann y Söderbom tenían inicialmente la intención de llevar el ataúd en uno de sus camellos. Merin había afirmado entonces que se-

ría necesario colocar cada noche un cuenco de arroz y un par de palillos sobre la tapa y atar un gallo junto al ataúd, que despertaría al espíritu cada mañana. Dado que Zimmermann iba a continuar solo, probablemente le supuso un gran alivio escapar de la compañía del difunto y del gallo.

Durante la primera parte de su viaje, tomó una ruta por el desierto más al norte que la que habíamos recorrido en 1927*. Durante la última parte de su viaje de regreso, Zimmermann se encontró con el grupo Gobi, entre cuyos miembros se encontraba Bergman, un viejo conocido. Después de treinta y seis días llegó a Kuei-hua, tras recorrer una distancia de 950 kilómetros. No muy lejos, al sur de Beli-miao, se topó con Mühlenweg, que había sido enviado en su busca por Lufthansa, y finalmente, el 7 de diciembre, se reunió conmigo en Kalgan.

EL VIAJE DE REGRESO DE SÖDERBOM

Tras la partida de Zimmermann, Söderbom se quedó en Tsondol durante tres semanas más para ocuparse de nuestras pertenencias, que habíamos dejado allí y que serían necesarias para nuevas expediciones. También fabricó sillas de montar para sus camellos.

Luego tuvo que emprender un último viaje a Suchow. Durante su estancia allí enfermó y sufrió los más horribles dolores reumáticos, quizá esto no era de extrañar, ya que había viajado sin tienda de campaña durante el invierno y había dormido al aire libre. Aparte de los remedios charlatánicos del país, no recibió ningún tratamiento, y, cuando el 27 de diciembre partió de nuevo hacia Tsondol, se encontraba en mal estado y tuvo que permanecer en reposo durante mucho tiempo antes de emprender el viaje de treinta y siete días a través del desierto hasta su hogar en Kuei-hua. A su llegada a Pekín el 10 de marzo de 1930, parecía un hombre de ochenta años y sólo podía caminar con gran dificultad.

La forma en que Zimmermann, Söderbom y Ma —mientras vivió— gestionaron la estación de Edsen-gol fue realmente digna de elogio. Cada uno de ellos hizo todo lo posible en tiempos difíciles y amenazantes para salvar la estación y llevar a cabo su programa de trabajo.

* Más tarde tuve ocasión de recorrer la misma ruta en automóvil. La descripción de esta ruta se encuentra en el tercer volumen de la presente edición.

Ma fue el primero, con su viaje a Suchow y Lanchow, en exponerse por el bien de la estación a las mezquinas arbitrariedades de la burocracia de Kansu.

Söderbom fue el siguiente y sufrió las mayores incomodidades personales al ser arrojado a una de esas espantosas prisiones chinas; quien, sin embargo, soportó la mayor parte de la tarea fue el mayor Zimmermann, que se quedó a cargo de la estación. Su trabajo, ciertamente, no se vio facilitado por la trágica muerte de Ma. Con admirable fidelidad, Zimmermann tomó las lecturas de sus instrumentos sin perder ni una sola observación. Su ejemplar cumplimiento del deber le valió nuestra mayor gratitud y admiración.



LA CABEZA DE UN ANTÍLOPE (GAZELLA
SUBGUTTUROSA)